

“hermano por si alcanzaban que al hablar este al cardenal en favor de algunos presos, como lo acostumbraba de cuando en cuando, se interesara tambien por mí. Mi plan salió tan bien, que al ponerse en camino Richelieu dos ó tres dias despues para La Fère, habiéndole llevado el abate Fouquet la lista de todos los presos de la Bastilla, como hacia de cuando en cuando, mandó que salieran tres, entre ellos yo.”

Es posible jugar mas vilmente con la libertad y la vida de los hombres? Cómo despues de esto hay quien estrañe la cólera del pueblo y su odio á los reyes y á los fautores del despotismo, de que por lo comun están rodeados? Ah! lo que mas bien deberia sorprender es su longanimidad, su paciencia, su resignacion! Cuántas veces ha perdonado á sus verdugos, cuando le bastaba levantar el brazo para aniquilarlos!

Aunque La Bachelerie, gobernador entónces de la Bastilla, fuese tan adicto á Mazarino como al rey, el cardenal no estaba completamente satisfecho de aquel servidor, por no parecerle bastante rígido con los presos, y decia á sus paniaguados que con semejante carcelero se acabaria por perder el miedo á la prision. Quiso por lo mismo quitarlo y dar su destino á un hombre que fuera enteramente suyo, y que no retrocediera ante ninguna de las infamias del oficio, y como La Bachelerie, que habia sido nombrado por el mismo Luis XIV, se negaba á hacer su renuncia, se la hizo comprar por el sucesor que le preferia, llamado Besmeaux, el cual le dió noventa mil libras, y adquirió á ese precio el derecho de regocijarse con los sufrimientos de los infelices amontonados sin cesar en aquellos sepulcros, custodiados por vampiros.

Tres años despues (1661) murió Mazarino, y aunque Besmeaux perdió á su protector, conservó su destino, y él fue quien recibió en 1663 al superintendente Fouquet.

Los historiadores no están de acuerdo acerca de las causas de las desgracias de este. Unos pretenden que lo tiró Colbert: otros afirman que la caída de aquel hombre tan poderoso fué resultado de una rivalidad amorosa, por haber aspirado Fouquet á la posesion de la señorita de La Vallière: otros se aferran en que Luis XIV no se movió á perseguir al superintendente, mas que por el deseo de apoderarse de sus inmensas riquezas. Quizá hubo algo de todo en el negocio: los reyes son tan poco escrupulosos en materias de amor, como en materias de intereses. Pero no es este el lugar oportuno para entrar en detenidas investigaciones sobre el particular, pues si bien la historia de la Bastilla está tan íntimamente ligada con la de la monarquía, que es imposible escribir la primera sin contar parte de la segunda, debemos atender con mas particularidad á los acontecimientos ocurridos en aquel triste recinto, que á los que motivaron el encierro enesa prision de tantas desgraciadas víctimas de la tiranía.

Fouquet, como acabamos de decirlo, poseía una fortuna inmensa: habia hecho construir el admirable castillo de Vaux, que ningun príncipe se ha creído posteriormente bastante rico para habitar. En el mes de Agosto de 1661, dió á

Luis XIV allí unas funciones verdaderamente régias, despues de las cuales rogó al monarca que aceptara el regalo de esa finca, que no habia hecho tan espléndida, á lo que decia, sino para que fuese digna de aquel á quien se proponia ofrecerla. El rey aceptó el magnífico presente, y diez y ochó dias despues mandaba prender al superintendente, que arrastrado por espacio de cerca de dos años de prision en prision, fué por fin metido en la Bastilla el 18 de Junio de 1663. Su secretario Péliisson, aprehendido al mismo tiempo que él, estaba encerrado tambien en esa fortaleza, como igualmente el médico de Fouquet, su joyero, un ayuda de cámara y un impresor, reputados cómplices suyos.

El proceso del superintendente duró tres años. Se le hacia el cargo de rebellion, por haber hecho fortificar, en tiempo de su poder, á Belle-Isle, plaza marítima que le pertenecia. Asegurábase que habia conspirado contra el rey, y héchose así culpable del crimen de lesa magestad. Lo mas claro del asunto era que su muerte estaba resuelta, y que el *gran rey* no retrocedia ante el asesinato que debia facilitar el robo. No faltaba por cierto buena voluntad á los jueces para condenar al acusado: el canciller Séguier trabajó al efecto con todo el celo que se podia esperar de él, y los abogados generales, á pesar de la falta de pruebas, opinaron muy al gusto del rey por la pena de muerte; pero semejante condenacion hubiera sido para todos *aquellos honrados magistrados* una marca indeleble, y asustados algunos por tal motivo, se condenó á destierro perpetuo al acusado, á quien no se habia podido convencer de ningun crimen.

Fouquet, pocos dias ántes de ser sentenciado, escribió al rey esta patética carta:

“Señor: si es verdad que la persona mas afligida debe ser la mas digna de compasion, llevo confiado á postrarme á los piés de V. M., seguro del amparo de su misericordia, por la certidumbre que tengo de que ninguno de sus súbditos puede sentir un dolor comparable al mio. Me agobian diversos motivos de pesar, bastante cada uno de por sí para constituir una profunda desgracia; pero ecsiste uno tan poderoso y cruel, tan superior á los demas, que ya estos ni me afectan, y que ni siquiera puedo resolverme á quejarme de aquel.

“Quede para otros, señor, alegar á V. M. la pérdida de sus cargos, de sus empleos, de sus bienes; la ruina de su familia, la desesperacion de sus acreedores, y la mendicidad á que se encuentran reducidos.

“Déjolos libres para que sientan la separacion de sus deudos, la privacion de todo trato con sus mugeres é hijos, hermanos, parientes, amigos y criados. Tampoco haré á V. M. la relacion de un encarcelamiento duro y fastidioso, durante una larga y dolorosa enfermedad, con cuantas incomodidades pueden aumentar la pena consiguiente á la pérdida de la libertad.

“Otros en mi lugar importunarian á V. M. con sus quejas acerca de la injusticia de que son víctimas, y recurririan á su autoridad para contener las persecuciones y malos tratamientos, sorpresas, falsedades y sobornos de testigos, cauteo de papeles, infracciones de leyes, violaciones y opresiones de toda especie,

“y sufrimientos en sus personas, en las de sus criados, sin sombra de razon y sin ejemplo, y con la mayor vileza posible.

“Y otros, señor, viéndose en el último trance de su vida, implorarian la proteccion de V. M. contra el triunfo injurioso que estarian á punto de obtener enemigos envidiosos en demasía, y en demasía crueles, á la vez que muy poderosos y diestros. Pudiera, digo, señor, representar con razon todas estas calamidades á V. M., pues todas las sufro, y en grado superior á los demas; pero esos padecimientos me son tolerables, los callo, procurando solamente suavizar los que me agobian.

“Señor: el dolor de haber disgustado á V. M., cuando mas me esforzaba en servirlos mejor, constituye toda mi pena: lo que siento es continuar siendo objeto de su aversion y de su cólera, yo que nunca he tenido otro propósito que el de complacerlo; yo que nunca he deseado otra recompensa de mis servicios que la de que fuesen útiles á V. M., así como notorios y gratos. Me desespera considerar perdido todo el fruto de ellos, y que los hayais ignorado.

“No puedo ménos de hablar á V. M. del exceso de mi celo por su grandeza, por su gloria y por su persona: esa pasion se ha ido desarrollando en mí sin abandonarme nunca: yo la he nutrido y cultivado: yo le he sacrificado voluntariamente día por día lo mismo de que se me ha despojado por fuerza, y no me duele perderlo, mas que por no poder ya darlo á V. M., que bien sabe si puede asomar á los labios lo que se siente en el corazon. V. M. ha penetrado el mio, cuando le he ofrecido todo, y cuando aceptó algo. Ah! yo no pude darle á conocer cuanto pensaba, porque no encontré palabras que lo pudieran explicar.

“Se dignará recordar V. M. todo lo que pasó entónces? Se dignará traer á la memoria con cuánta prontitud y júbilo he ejecutado siempre sus preceptos? Si su cólera no ha borrado esas imágenes, sírvase prestarles atencion y no atender sino á su propio juicio, para persuadirse de que es imposible que el mismo corazon animado de los sentimientos de que sois testigo, haya cometido los crímenes que me imputan mis enemigos, quienes á la vez que hábiles son afortunados, no por tener grandes riquezas, ni otras ventajas que no les envidio, sino porque hablan á V. M. cuando quieren, porque le cuentan sin réplica lo que les place, y porque son creidos en cuanto dicen, aun tratándose de lo que les concierne.

“Si se contentan con mis cargos, con mis empleos, con mis bienes, con mi honor, con mi libertad, y hasta con mi vida, todo se los cedo, y ni siquiera repugno pasar por sumisiones que serian vergonzosas si no fueran cristianas; pero que no me priven de los medios de poner en conocimiento de V. M. mi inocencia y mi pasion; y que no sean los únicos árbitros de lo que me queda en el mísero estado á que me han reducido.

“V. M. me debe y se debe á sí mismo el acto de justicia, de dejarme el consuelo al morir, de prestar un último servicio á un amo, á quien miro con tanto amor y celo, y por quien hasta el fin conservaré estos sentimientos. Séame

“permitido, sin incurrir en su desagrado, descubrirle los artificios puestos en juego contra mí, para disfrazarle la verdad y revelarle lo que solo á V. M. se oculta, lo que no sabrá nunca, siempre que en el estado en que me encuentro, las cosas que me conciernen sean decididas por mis enemigos. Si V. M. desea manifestar á toda la Europa que gobierna por sí mismo á sus súbditos, ¿qué ocasion mas importante se le presentará nunca? Toda la Francia está persuadida de que la muerte que yo sufro será un efecto de la envidia, de los celos de aquellos, y de los medios de que se han servido para sorprender á V. M.; y nadie dudará tampoco si recibo algun alivio en mis cuitas, que es obra exclusiva de la clemencia de V. M., en la que bien se juzgará que no tienen el menor participio.”

“Suplico, pues, á V. M., que se digne por su propio interes y por una compasion generosa, escuchar con benevolencia la humildísima súplica del mas afligido de sus súbditos, así como informarse de la verdad por conducto no sospechoso, y tomar personalmente pleno conocimiento de mis culpas. Muchas he cometido, señor, pues no soy impecable; pero son mas dignas del perdon de V. M. que de su cólera, y no pueden compararse al apasionado celo, á la respetuosísima veneracion y á la sumision sobremana profunda que siempre le he profesado, y que le seguiré profesando el resto de mi vida, la cual me propongo emplear en preces y súplicas por la prosperidad y salud de V. M.”

Por mala idea que se tenga de la crueldad de un príncipe, cuesta trabajo creer que Luis XIV fuera insensible á tales ruegos, á tales protestas de adhesion. Pues bien: aquel gran monarca no manifestó mas que un pesar, cuando supo el éxito de la causa; el de que la víctima hubiera logrado escapar la cabeza. Y por un increíble refinamiento de crueldad, con el pretexto de dulcificar la suerte del condenado conmutándole la pena, sustituyó al destierro la prision perpetua.

Fouquet se consolaba de su condenacion con el pensamiento de que á lo ménos iba á terminar su cautiverio, y se asombraba de que no se abriera la puerta de su prision. Dos dias despues de pronunciado el fallo, se le avisó que se preparara á salir.

—Llegado ha por fin,—esclamó con el acento del mas vivo júbilo,—el término de mis padecimientos!

Apresuróse á hacer sus preparativos, que estaban ya terminados hacia varias horas, cuando lo sacaron de su aposento. Grande fué su sorpresa, al ver que en lugar de llevarlo hácia la puerta de la fortaleza, lo condujeron á la capilla; pero se le dijo que ántes de pasar adelante, era preciso leerle la sentencia pronunciada en su contra, y el decreto de conmutacion que el rey se habia dignado expedir.

—Ah!—contestó,—su corazon se ha abierto al fin á la piedad.

Llegado á la capilla, se comenzó por leerle la sentencia que se le habia notificado ya, y luego el decreto de conmutacion.

—Qué horror!—esclamó Fouquet interrumpiendo al escribano.—No es posible que el rey haya querido agravar mi pena.

—Por eso,—le dijo el gobernador,—no se agrava, sino ántes bien se disminuye.

—Cómo, señor,—replicó el preso casi sofocado por la indignacion,—os atreveis á decir que debo felicitar me de pasar el resto de mis días en la cárcel, cuando la sentencia pronunciada contra mí me deja en libertad, con tal que salga de Francia?

—Para fundar lo que afirmo, me apoyo en que la simple prision es ménos deshonrosa que el destierro.

Fouquet echó á aquel vil lacayo una mirada despreciativa: el escribano acabó su lectura, y el mismo día, rodeado de una escolta que mandaba el capitán de guardias Artagnan, partió para Pignerol, donde murió diez y seis años despues, sin que en ese largo espacio de tiempo hubiera sido posible obtener del rey el mas insignificante alivio de tamaño infortunio.

El fin del proceso del superintendente no puso término á la cautividad de Péllisson, á quien se metió por pronta providencia en el calabozo, si bien en los primeros meses se le sacaba de cuando en cuando, y se le permitia pasearse durante una hora. Péllisson se aprovechó de este corto favor para auxiliar á Fouquet, á quien era sinceramente adicto: consiguió hacerse de plumas, tinta y papel, y escribió unas Memorias justificativas que entregó á la señorita de Scudery, amiga suya, la cual habia obtenido á fuerza de instancias el permiso de verlo. Esas Memorias, publicadas sin nombre de autor, tuvieron una inmensa voga, y la merecieron, puesto que Voltaire no vacila en compararlas á las arengas de Ciceron. Péllisson no tenia que defenderse, pues de nada se le acusaba, ni se trató nunca de formarle causa; pero su corazon era magnánimo, y un hombre lleno de valor y de talento defendió á su bienhechor.

La sensacion producida por su obra puso al rey furioso: quiso descubrir al autor, á quien era difícil encontrar, porque nadie sospechaba que aquellas bellas y elocuentes páginas salieran del fondo de un calabozo. Sin embargo, se acabó por descubrir que las habia escrito Péllisson; y el gobernador de la Bastilla, áspe-ramente reprendido por haber dejado á hombre tan animoso demasiada libertad, juró que lo pondria para siempre fuera de estado de volver á las andadas, y despues de registrarlo, lo mandó encerrar en un calabozo mas estrecho y mas sombrío que el que habia ocupado hasta entónces, poniéndolo á pan y agua, y negándose á cambiarle la paja, cuando se pudrió la que se le habia dado.

Péllisson no se abatió con los sufrimientos: sin otro instrumento que un clavo que encontró, grabó inscripciones en las paredes de su calabozo; y cuando los vencedores de la Bastilla penetraron en aquella triste mansion el 14 de Julio de 1789, pudieron leer allí estos versos, que el tiempo no habia borrado completamente:

Dobles rejas, triples puertas,

Fuertes cerrojos de encierro,  
Si sois para los malvados  
Viva imágen del infierno,  
No sois para el inocente  
Mas que palo, piedra, fierro.

Habia logrado domesticar una araña, su única compañera durante aquellas largas horas de soledad y padecimientos, la cual acudia á su llamado, y se dejaba coger y acariciar. Péllisson la hablaba como si hubiera podido comprenderlo, por ser ese el único arbitrio de oír una voz humana. Un día el carcelero que le llevaba el pan se quedó muy sorprendido, al acercarse á la puerta, de oír una especie de conversacion en voz alta. Creyó al principio que el preso habia logrado poner en comunicacion su calabozo con el del mas cercano de sus compañeros de infortunios, y se apresuró á entrar. Péllisson se echó á reír cuando aquel hombre le preguntó con tono furioso con quién platicaba pocos segundos ántes, y le enseñó la araña que volvia á su tela.

—Ca!—dijo el carcelero,—os figurais que os entiende?

—Estoy seguro de ello, como vais á verlo.

Y llamó al insecto, que en el acto retrocedió, y se posó en la mano amiga que le tendia el preso, el cual la bajó en seguida al suelo, ordenándole subir á su casa; pero el infame llavero alzó el pié, aplastó á la araña, y contestó con una carcajada al grito de dolor que profirió el desventurado cautivo.

Semejante acto de vil crueldad, bien digno del que lo habia ejecutado, fué sin embargo la causa de la libertad de Péllisson. El malvado y estúpido custodio habló á otros presos muy estrechamente vigilados, de la araña domesticada que se jactaba de haber matado, agregando que á los encerrados en un calabozo, no se les metia en él para que se divirtieran. La anécdota se divulgó por fuera y llegó á oídos del rey, que queriendo hacer admirar su clemencia, mandó poner en libertad á Péllisson, y lo nombró su historiógrafo.

Mas por un preso que salia de aquel infierno, entraban diez destinados á encontrar allí su tumba, ó á no salir sino para el cadalso. Ya se deja entender que no podemos mencionarlos á todos, pues la nomenclatura seria muy larga y poco interesante; pero la historia de algunos puede servir para dar á conocer mejor la Bastilla como prision de Estado, y de ellos debemos ocuparnos mas. Entre los personajes que debieron á las intrigas políticas de los mas bellos días del reinado de Luis XIV su permanencia en aquel horrible lugar, del que no salieron sino para ser entregados al verdugo, uno de los principales fué Luis de Rohan, montero mayor de Francia, á quien se llamaba á secas el caballero de Rohan, á pesar de ser príncipe.

Era un jóven y brillante señor, que se habia arruinado por sus inauditas prodigalidades. Desde que andaba escaso de dinero, se presentaba poco en la corte, y cuando lo verificaba, lo recibia bastante mal el rey, quien no queria que nadie se arruinara, si bien arruinaba él la Francia para satisfacer sus caprichos.

Rohan, en tan penosa posicion, debia estar descontento, y lo estaba en efecto, al extremo de que la menor agitacion política lo hubiera encontrado dispuesto á esponerse personalmente, con tal que se hubiera tratado de abatir el orgullo de aquel monarca que le echaba en cara su pobreza, siendo así que se habia arruinado por cooperar al esplendor de su corte.

Si no habia entónces agitacion, se tramaba á las calladas una conspiracion capaz de producirla muy fuerte. Un holandés llamado Afinio Van Den-Enden, de edad de setenta y cinco años, que habia auxiliado en otro tiempo á Luis XIV para la ejecucion de sus proyectos sobre la Holanda, y que pretendia haber sido indignamente engañado por el monarca, se habia establecido en Paris con el objeto de trabajar, para vengarse, en la desmembracion de la Francia. La intriga se habia formado prontamente, y era formidable. Mr. de Monterey, gobernador de los Países Bajos, habia prometido su cooperacion: el estatúder ponía á disposicion de los conjurados un millon, y se comprometia á enviar en su socorro una flota formidable á las costas de Normandía, con veinte mil hombres de desembarco; pero ántes de ponerlo por obra, esigia que la empresa tuviera un gefe de nombre bastante conocido, para que no vacilasen en seguirlo todos los descontentos.

Sin embargo de que Van Den-Enden contaba con la intervencion de hombres enérgicos, entre los que figuraban Latréaumont, oficial sin fortuna, pero de un valor á toda prueba, el caballero des Préaux, sobrino suyo, que gozaba de grande influencia en Normandía, y varios otros personajes de distincion, no habia entre ellos un gran señor que pudiera servir de bandera. Latréaumont, á quien Afinio comunicó su desasosiego, dijo que él se encargaba de proporcionar ese gefe que se queria, y se abocó con el caballero de Rohan, con quien llevaba relaciones muy estrechas, y que á menudo le habia hablado de los disgustos que lo agobiaban en la corte, y del odio que profesaba al rey.

—Monseñor,—le dijo,—Mr. de La Fontaine ha escrito que no hay enemigo pequeño, y que con frecuencia se necesita á quien vale ménos que uno mismo. Yo vengo á veros en comprobacion de esas palabras del poeta.

—Tambien tú andas con enigmas?—contestó el caballero.—A todos les ha dado ahora por ahí.

—No digo que no: solo que, del que os propongo descifrar á los de los otros, hay tanta diferencia como del sol á las estrellas.

—Descífralo, pues.

—Se trata de un millon para vos, de algo á la manera de una espada de general para mí, y de un eclipse total del sol de Versailles.

—Será un nuevo proyecto endemoniado, de los que formas cada cuarto de hora.

—Atended á que hablo en primer lugar de un millon, de un millon en dinero contante, que podeis atrapar desde luego con solo alargar el brazo.

—Sin dar pábulo á la maledicencia?

—No faltará probablemente quien lo lleve á mal; pero el que puede ponerse á la cabeza de unos treinta mil hombres bien equipados, tener á sus órdenes una flota formidable, y la posesion en perspectiva de la mas hermosa y rica provincia de Francia, mal haria en pensar en el qué dirán.

—Hablemos con formalidad. Entreveo en lo que me anuncias una apetitosa revolucion; pero hace ya tiempo que todas se estrellan.

—Con formalidad hablo, Monseñor, y ofrezco daros la prueba de que no se trata de una calaverada, sino de una empresa admirablemente preparada, para cuya ejecucion no falta mas que un hombre de valor y esclarecido linage como vos.

—Véamos tus pruebas.

—Para verlas seria menester que os dignáseis venir conmigo hasta la calle de San Antonio.

—Está allí el millon?

—Allí estará dentro de ocho dias, y se os entregará si á bien lo teneis.

—Convenido: el asunto vale la pena de ponerlo en claro.

Salieron juntos, y Latréaumont condujo al caballero á casa de Afinio Van Den-Enden. La conspiracion estaba muy adelantada, para que este vacilase en proporcionar todos los informes deseables, por lo cual enseñó á Rohan las cartas de Mr. de Monterey y del estatúder, que promovía al gefe de la empresa el protectorado de Normandía constituido en provincia independiente, y fuerzas suficientes para lograrla. Van Den-Enden agregó que los buques holandeses cruzaban ya hacia algunos dias en la Mancha. Arrastrado el caballero, aceptó, aunque declarando que no obraría hasta recibir la suma prometida. Consintió sin embargo en escribir al gobernador de los Países Bajos españoles y al estatúder.

—Ahora,—dijo Afinio,—puedo afirmaros que el dinero estará aquí dentro de ocho dias. Entretanto pasará Latréaumont á Normandía, donde Préaux ayuda en este momento á su linda amiga la marquesa de Villars á reclutar y armar hombres seguros, que estarán listos para un golpe de mano, sin saber de cual se trata. En cuanto á vos, bueno seria que os presentáseis en Versailles.

Convenido así todo, se separaron los tres conjurados; pero mientras se esperaba la respuesta á las cartas del caballero, ganaba Turenna la batalla de Seneff, y se encontraban en los baules de Mr. de Monterey, caidos en poder de los franceses, pruebas irrecusables de la conspiracion.

El caballero de Rohan, con arreglo á lo convenido, se habia presentado en Versailles, donde se encontraba el 11 de Septiembre de 1674, en camino para la capilla del palacio en que iba á celebrarse una ceremonia, cuando Brissac, mayor de guardias del rey, le salió al encuentro y le pidió la espada en nombre de S. M.

El caballero no se asustó al principio, porque tenia á Latréaumont por incapaz de venderlo, y porque Van Den-Enden no podia perderlo sin perderse á sí